

TÍTULO: Flamenco show
business

SEUDÓNIMO: Elegancia

CATEGORÍA: Relatos flamencos

Sudónimo: Elegancia

Flamenco show business

La Historia está más que harta de demostrarnos, una y otra vez a lo largo de todas nuestras sociedades y civilizaciones, que todo aquello que creemos imposible puede volverse cierto de la noche a la mañana sólo con que se den dos o tres condiciones inesperadas. Un golpe de Estado, una revolución, una dictadura, una pandemia. Nadie las cree posibles hasta que ocurren. Todo el mundo dice, “no, en mi país, no”. “No en el primer mundo”. Pero ocurren. Esos sucesos y otros mucho peores acaban ocurriendo si no se les pone remedio a tiempo.

Fueron unos pocos días los que tardó en hundirse la práctica totalidad de la Península Ibérica, y otros muchos países como Holanda o ciudades como Sídney, Nueva York, Shanghái o Río. Se nos advirtió durante años; las temperaturas ascendían vertiginosamente y sin remedio y los polos se deshlaban. Nadie hizo caso. Ni siquiera reaccionamos cuando salía cada día en los noticiarios, cuando el impacto era inminente y en cualquier momento sucedería la desgracia. En lugar de evacuar a las poblaciones u ofrecer otras alternativas, los políticos se dedicaron a aprovechar la situación para echarla en cara a los adversarios o favorecerse electoralmente, y los medios organizaron programas especiales, debates y tertulias al estilo de la más pura bazofia televisiva para ganar audiencia. La población estaba demasiado ocupada definiéndose a un lado u otro de la política para pensar en soluciones, se dedicaban a manifestarse a favor o en contra de sus gobiernos, a pelearse en redes sociales y a discutir y disolver grupos de amigos por ser de uno u otro bando. Los medios independientes de Internet fueron ignorados por no responder a lo que decían los canales oficiales. Las personas coherentes y sensatas fueron tachadas de tibias o de frías por no elegir ser parte de un frente o de otro.

Y, de repente, las ciudades se hundieron.

Mi madre, por aquel entonces, era bailaora. Bailaba en los tablaos más importantes de Madrid, el Corral de la Morería, Casa Patas, Torres Bermejas. Ella, sin embargo, procedía de Cádiz, y fue allí donde le pilló el desastre. Cádiz fue una de las primeras ciudades en hundirse. Yo era una niña pequeña por entonces, en esos días estaba de vacaciones con mi padre en la sierra de Madrid y nos dio tiempo a evitar lo peor para nosotros. Escapamos, pero ella no pudo hacerlo.

Ya no existe el flamenco tal y como lo conocieron los que vivían por entonces. Desapareció casi toda Andalucía, desapareció Barcelona y parte de Madrid. Latinoamérica fue devastada, y no sólo por el clima, sino que las ciudades que quedaron en pie se vieron arrasadas por las crisis económicas más graves que vivieran jamás, y en seguida las dictaduras y el narcotráfico camparon a sus anchas. Se generaron rebeliones, guerras civiles, matanzas a pie de calle. Las ciudades costeras de Francia también pasaron a mejor vida. Los Países Bajos fueron con ellas. Japón sucumbió a los terremotos. Toda ciudad donde se realizara o se difundiera el flamenco de forma habitual se perdió para siempre. Los pocos que quedaron haciendo flamenco no encontraron oportunidades en ningún lugar, y además se produjo, en esa y otras muchas ocupaciones, el fenómeno psicológico al que bautizaron como “luto laboral”. Había determinados oficios de los que la mayoría de sus ocupantes habían fallecido de un momento a otro y que además esos oficios no se consideraban, por así decirlo, necesarios para la nueva sociedad en crisis, así que dedicarse a ellos empezó a verse como una ofensa, un acto de frivolidad en tiempos difíciles, con lo que aquellas tareas, simplemente, desaparecieron de manera bastante rápida.

Los que quisimos aprender flamenco por nuestra cuenta no estábamos seguros de lo que estábamos aprendiendo. Según había escuchado desde pequeña, siempre fue una

música de carácter oral y se defendió eso en todo momento a la hora de enseñarlo y de transmitirlo, y había algunas obras o algunos cantes escritos a partitura, pero en general no se dejó nada registrado acerca del proceso comunicativo del flamenco, de bailar y cantar de manera improvisada o de acompañar a los cantes o a los bailes. Había cientos de tutoriales en Internet que no explicaban nada, en los que sólo salían los flamencos haciendo lo suyo y diciendo que el que lo viera lo repitiese. En algunos tutoriales llamaban “taranta” a un cante y en otros le llamaban igual a otro. Guitarristas diferentes ponían acordes diferentes para un mismo cante. Yo veía veinte vídeos de bailes “por alegrías” y en muchos puntos no conseguía sacarles el patrón común los unos a los otros. No entendía por qué se hacía cada cosa, qué era improvisado o qué no, qué se aprendía y con qué se nacía. Y como yo había otros muchos nostálgicos del flamenco que quedaron frustrados al no saber por dónde cogerlo con los medios que tenían.

Cuando la sociedad se repuso a su manera y volvió a lo que llamaron “nueva normalidad”, el flamenco volvió a programarse y a escucharse en algunos medios y volvió a hacerse dinero con él. Sin embargo, no se parecía en nada a lo que había sido antaño. Las discográficas y los organizadores de festivales y los dueños de las cadenas de televisión aprovecharon el desconocimiento de los ciudadanos y el estereotipo de la fiesta, el ole y el cachondeo y convirtieron el flamenco en la caricatura más vulgar e irrisoria que se haya creado nunca de este arte, y eso que a lo largo del tiempo ha habido muchas. Yo desde niña había soñado con dedicarme a ello profesionalmente, y ahora que podía hacerlo en realidad me avergonzaba de ello. Bailábamos en espectáculos televisivos una especie de baile pop, de reguetón incluso, contoneándonos y enseñando cacha a los espectadores, vestidas de flamenca y con taconazos altos pero exhibiéndonos en bailes híper sexualizados y estrambóticos. Primaba lo visual y lo espectacular, lo que

mantuviese la atención de una gente cada vez más hecha a todo, la generación que había batido el mayor récord de sobreinformación, intoxicación de estímulos, dificultad para la concentración y déficit de atención. No había cantaores de flamenco como tal, sino cantantes poperos, de trap y de dancehall que ponían un acento andaluz de lo más falso, cantaban composiciones comerciales y fingían que daban palmas. Los guitarristas, las veces en los que los había, estaban de atrezo, porque lo que sonaban eran bases electrónicas y baterías bien marcadas que desde luego no daban los pulsos flamencos, aunque de vez en cuando los productores metían alguna palma para cumplir un poco con la imagen.

Lo cierto es que todavía había algunos que hacían flamenco de verdad, pero lo hacían a escondidas. Yo aprendí con algunos viejos maestros que cantaban, tocaban y bailaban en reuniones en sus casas, de espaldas al mundo. Tardé tiempo en ganarme su aceptación y su respeto. El flamenco había vuelto al oscurantismo de épocas anteriores, cuando las familias gitanas y andaluzas se encerraban en sus cuevas y en sus casas y temían que sacar su música a los escenarios la pervirtiera y la desvirtuase al tratar de hacerla comprensible y asimilable para los señoritos. Mis compañeros flamencos argumentaron que aquellos temores habían demostrado ser ciertos, que en aquellos momentos, más que nunca, se había visto que el flamenco nunca debió salir de las reuniones privadas, que los que no sabían lo corrompían y lo destruían, y que no iban a repetir dos veces el mismo error histórico, no iban a dejar que aprendiesen flamenco los que no pertenecían al círculo. Yo les decía que el flamenco no se había desvirtuado por darlo a conocer demasiado, sino todo lo contrario, que la gente prefería consumir flamenco barato y facilón porque no conocían el flamenco de verdad. Que si hubiera quedado todo registrado, escrito, grabado, explicado y comprendido nadie había creído

que lo que hacíamos en las actuaciones y en la televisión era flamenco, que si se hubiera enseñado en las escuelas, se hubiera programado en los medios y se hubiese tenido fácil acceso académico a él, la gente lo habría entendido en su complejidad y no habría podido sustituirlo con sucedáneos absurdos. Que, una vez que se conoce lo bueno, lo malo no sacia.

Ellos no se creían mis argumentos, y me tenían terminantemente prohibido bailar flamenco puro para el público. Yo estaba fascinada con los códigos del baile, con todo eso que no había podido entender a través de las redes ni de los tutoriales, la estructura de cada palo, los cantes, las letras... Sabía que si se hubiera expandido de una forma ordenada y desarrollada por el mundo habría miles, cientos de miles de personas que se habrían abrazado a esa música sin dudarle. Estaba convencida de que fue la falta de difusión la que acabó con él, y no el exceso de difusión, como decían ellos. No obstante, no había nada que pudiera hacer para convencerles, y con toda mi tristeza y mi pesar tuve que obedecer su mandato de no mostrarle mi verdadero arte a nadie, para que no nos lo robaran, para que no lo convirtieran en reguetón andaluz.

Les hice caso, por supuesto, hasta que dejé de hacérselo. Hubo un día en el que, haciendo una actuación para una fiesta privada, el supuesto cantante flamenco al que tenían contratado, un tipo que se hacía llamar Baby de los Puertos, les falló a última hora por estar “indispuesto” tras una noche de fiesta desenfrenada, y no encontraron a nadie que le sustituyera. Así que yo no pude contenerme y llamé a un guitarrista y a un cantaor de verdad y montamos la fiesta, les interpretamos flamenco en vivo como llevaba décadas sin verse en un escenario público. Bailé por siguiriyas, rabiosa, llena de furia y de dolor por todo lo que había pasado en el mundo y por todo lo que le había ocurrido a la música que tanto amaba mi madre, mi difunta madre, bailé por ella como se bailaba hacía tanto

tiempo por los muertos, por la queja, por el llanto. No pensé en nada más que en mi lamento, en mis ansias de gritar y de patear y de liberarme de todo lo que me había estado angustiando durante tanto tiempo. Cuando acabó el baile y alcé la cabeza, vi que tenía toda la atención del público. Estaban alucinados. Mucho más atentos que nunca, mucho más impactados, y eso que a los productores, a los programadores de espectáculos y a los dueños de la industria se les llenaba la boca diciendo que “es que la gente quiere cosas fáciles”, “digeribles”, “no van a escuchar una música tan complicada”, “no son tan profundos”. Tratan a su público como a idiotas y les dan productos idiotizantes sin probar a ver qué les pasaría si les ofrecieran en la misma medida y con el mismo fácil acceso música de calidad. Pues bien, eso era lo que ocurría. Que flipaban. Que se volvían locos. Aplaudieron a rabiar, más que nunca. Me dije que la vida en el escenario merecía la pena por esos aplausos sinceros, y no por moverse más y dejarse ver en más pantallas por ser de fácil comprensión. Me di cuenta de que desde siempre había necesitado una comprensión más profunda con quien me escuchaba, porque eso es el arte; comunicar sentimientos para que otros los entiendan. Y cuando te explicas bien, te entienden bien. Y cuando lo que comunicas es bueno y puro, hay algo que se remueve por dentro en el corazón de los otros, y eso va a ser así siempre, por mucho que cambien los tiempos, la industria, la moda o la vida.